

Niñez hipnoinsurgente – de Benjamin a Martí

Autor: Bruno Mazzoldi

Para E. V.

El hijo de Dora y Walter todavía no había visto cuatro primaveras cuando Benjamin anotó un par de episodios de vida doméstica en la misma página del carnet que a lo largo de casi catorce años recogería giros de palabras y de cosas o pseudocosas requeridas en el entorno del pequeño Stefan, vueltas y revueltas de lo real que solicitarían benevolencias de observadores sin pensarlo dos veces prontos a descartar inanidades por reconocerse explícitamente entrados en edad, quizás al concebir la edad como área específica y parcelable, con sus entradas y salidas.

Si el segundo de los apuntes aquí resaltables entre los reunidos en esa página del mes de enero de 1922 no parece implicar ningún irrespeto a los modales comunicativos habituales suficientemente intrigante para exigir que una retraducción descarada se coteje no sólo con la versión de Esther Leslie en el idioma que Benjamin hubiera querido escuchar llegando a Nueva York sino también con el Ms. 1274 del archivo berlinés, casi por lo contrario el primero compromete una sentencia del abuelo Emil de tan holgado alcance hasta inducir la dilatación de lo imaginable en la metamorfosis del desaparecer al filo poco trivial de un accesorio caído desde el futuro anterior de los más escalofriantes chistes judíos y devuelto al entre-dos de una crisálida aeronáutica, casi todo sobre las crestas del mestizaje joyceánico que, para

desconsuelo de chanceros vanidosos, aconsejaría la advertencia y los interrogantes arqueados en las primeras hojas de un *GLASario* sumamente bastardo:

(...) el nuevo glosario y la nueva gramática ya no dejan ningún lugar al *pun*, siempre que – pero obviamente ahí está toda la cuestión – con esta palabra se persista en entender, como frecuentemente acontece en determinadas situaciones socioideológicas y en defensa de ciertas normas, el juego libre, la relación complaciente y ligeramente narcisista con el lenguaje, el ejercicio del virtuosismo gratuito, sin economía de sentido o conocimiento, sin ninguna necesidad distinta de la que consiste en gozar del control sobre el lenguaje propio y de los demás. (...) ¿De qué manera es posible un juego de palabras [*pun*]? ¿De qué manera en el juego de palabras lo aleatorio entrecorta una necesidad cada vez que ahí un nombre propio o una genealogía de familia es la ley?”

(Derrida 1. 18)

Para Stefan y su padre sobraría la advertencia, no así las preguntas para el etnólogo de familia que bien podría habérselas formulado en razón de acontecimientos silábicos tan insoslayables y poco individualmente desprendidos hasta dejar creer que la nota a pie de página destinada a coronar los corajudos conatos de la traductora norteamericana merezca niveles menos remotos y más propicios a la justificación de ese apunte:

Contestando a la pregunta por el lugar donde llega a parar algo desechado en cierta ocasión mi padre contestó: en el espacio. Poco después cuando la ceniza de su cigarro [*when she [the] ash of his cigarette~~—app~~*] desapareció en el cenicero, preguntó: ¿estás colocando eso en el espacio exterior? / De ahí en adelante el cenicero se llamó “espacio exterior” [*outer space*], al día siguiente sin embargo “extacio esperior” [*spacer out*].⁸

(...)

⁸ Stefan transpone *Weltenraum*, palabra correspondiente a “espacio exterior [*outer space*]”, en *Raupenfell*, palabra correspondiente a “piel de larva [*larval fur*]” – aquí la traducción (“*spacer out*”) no conlleva este sentido, pues imita tan sólo la transposición de consonantes.

(Benjamin 1. 126 – Nota n. 8 de Esther Leslie)

De hecho la segunda ocasión experimental aquí venida al caso vendría también a la cuestión del mejor lugar del caso en el precipitar de la cadencia, desde *cadentia* hasta *chance* y por más de una lengua “cosas que caen” no hacia un interesante e interesado resto de asteroide a pie de página sino al caso del sitio menos impuesto, incidencia del puesto substraído a la condición de lo que pueda reservarse, ocuparse o mal que bien sitiarse, el que a previa vista contrasta el encasillamiento de un residuo desechable, bizarra insituación de lectura menos interpretativa que entremetida, susceptible por ende y allende de anteponer por qué vuelco el bendito cuestionario atañe al espacio y al tiempo de un don venidero, no cualquier don, admitido el cortísimo circuito de un presente cualquiera, absuelta la hipótesis de un obsequio indiferente a la singularidad, anónimo y estándar, incentivo publicitario de giveaway acumulable y administrable con todas las de la ley del patrimonio cultural que ignorase soberanamente tanto la estructura suspensiva y pendular de una cuelga de cumpleaños asomada al ventanuco de una caseta en Cartagena de Indias, cuanto la estrictura del camarico, acoso de aquel recodo del camino hacia las aguas de La Cocha conocido como La Gran Chufa, albergue y asadero de cuyes expuesto a los soplos y a la gratuidad que el vademécum pastuso del Padre Álvarez ha despachado omitiendo el quichua *kamara* vertido en “homenaje” sin traer a colación tanto defecto perfectamente ventilado por arte y torpeza de *kama*, “culpa” y “fuerza”, “deuda” y

“talento” inseparables de las virtudes chupativas del *kamaku* dicho “piojo” no más para exacerbar las fecundas lagunas del vocabulario jesuítico, unas y otras implicadas en el simbolismo de la puntual cosecha de parásitos ofrecida a los recaudadores de impuestos del incario, cuota sanguínea vagamente emparentable con el “regalo” que Corominas remite a *régaler*, cruce entre *regalle* y *rigale*, “agasajo” y “ruido alegre”, como Guiraud sugiere y el Robert refiere sin desdeñar los borboritos provenzales del *gallet*, “gaznate” y “cuello de botella”, origen de la expresión *boire à la régallade*, “beber a pico de jarro”, suponiendo que orígenes o raíces se desentierren y desnuden golosamente donde “el pensamiento de este olvido radical como pensamiento del don debería acordarse con una cierta experiencia de la *traza* como *ceniza*, así como intentamos acercarnos a ella en otro lugar” (Derrida 2. 31), otro lugar desde el supersupuesto principio, *con* del *datum* de *conditio*, “fundación”, “creación”, “obra”, cada vez que “el don sería también la *condición* del olvido” (*ib.* 32), racha de pródiga carencia o lagunoso manantial del inestable instante, desmalladuras de *Funden*, *findings*, *trovate*, *trouvailles*, “hallazgos” inconsecuentes, visiones y obcecaciones del trovar, siempre trovar y trocar, da capo sin capo en meandros de hilarachas fibrosas, fibromas filiales de consecuencias y causas – sino inefectivo presente materno:

Observé algo muy extraño. Durante la estadía de Dora en Londres, el día siguiente al de su partida, le conté que Mami le traería de regreso algo muy bonito. A lo que él preguntó: ¿Un pretzel? Le dije: No, algo todavía más bonito que eso. Él: ¿Una manzana? Yo: No, algo mucho mucho más bonito que eso. Él: ¿Un ladrillo? – Se diría que la más extremadamente elevada anticipación parezca disminuir la capacidad de imaginar, que desciende aún

más a fondo, como si desesperase de emerger [*It would seem that the most extremely heightened anticipation appears to diminish the capacity to imagine, which descends ever deeper, as if it despairs of ~~fin~~ coming up*] con un objeto digno de esta anticipación.
(Benjamin 1. 126)

El suavísimo postre de harina y mantequilla con sabor a canela cuyo nombre deriva del antiguo alemán *Brezel* por picada de ojo wikipédico procedente a su vez de *bracellus*, “pequeño brazo”, tal como el palote del homónimo pasabocas de trigo y malta saladito y crocante producido en Colombia por *Maxi & Cia. Ltda.* yergue, dobla y desdobla el eje vertical del repertorio de hipótesis inherentes al orden progresivo de bondades asimilables desarticulado por el átomo de cualquier pared archiviológica que no se respete.

Esfumada la conjetura del pretzel, el énfasis atribuido al voto naturalista del pomo en el colmo de la subida expectante halaga proyecciones paternas por repulsa y anhelo de embarazos edénicos: con el rubor del fruto carnoso se descuelga y agota la discordia del escozor dividido entre ascenso y descenso de la vis imaginativa, así como el paralelepípedo condenado al menester reproductivo menos lujurioso y más edificante exhuma el trazo del pasabocas y recicla los codos de la galleta tan sólo para multiplicarlos en las aristas de un puño de arcilla inamable.

En últimas y en primeras no es por haber subido tan alto que ahora toca bajar tan hondo sino porque entre lo que se sueña y lo que se soñó, de la espuma del enfoque anticipativo a la prosaica gravedad cotidiana no hay ni un paso emparedado. En la

punch-line de Stefan se frotan, rotan y barajan la más compacta rutina y la sorpresa menos atendida, donde y cuando se encumbra y declina el distraído tesoro del momento: – “Atender y acostumbrarse [*Aufmerken und Gewöhnung*], rechazar y aceptar, son como la cima y el vano de la ola en el mar del alma (...) Pero ¿esta escucha no es menos el final que el extremo despliegue de la atención, aquel instante en que la atención expulsa de su seno a la costumbre? El zumbido o murmullo es el umbral, y el alma lo ha traspasado sin fijarse en él [*die Schwelle, und unvermerkt hat die Seele sie überschritten*].” (Benjamin 2. 408 - tr. 358)

Claro que no. Oscuro que sí. Por el ínterin de la *Schwelle*, “umbral” aunque sea, férvido manantial de doble vía, resuenan y callan respuesta y pregunta en el quicio del tiempo justo, entre boca y cola de uroboros. Más y menos ahí mismo, sobre el filo de la hoja de carne a punto de dar la otra cara porque cuanto más lúbrica y túrgida se encarama tanto más se escurre y lastima si el agotamiento de la faz deseada depara y escatima la solución correcta por enlace de *facies, fascia y fascis*, “rostro”, “vendaje” y “fajo” ni tan al mero oído en conformidad con la jactancia territorial de un *fascinus* fachista hecho y derecho según la ley del mercado, habrase visto, sobre todo visto en cercos de perspectivas y definiciones del Todo confluyentes hacia la famosa historia del ojo de agua congelado por efecto y defecto de ficticia fijeza, limen corrido sobre felpudo de chanzas inanes si las torsiones del gozne facilitasen apenas el tedio de un chancero amodorrado por el belvedere de Ibiza, en 1932,

mientras ensueños faltos de asombro y dolores ajenos al olvido se tornan quimeras marinas hinchas de sus enveses, Benjamin todavía respetuoso de las reminiscencias nocturnas de tres años antes registradas en la primera entrega de *Sombras breves* bajo el título que reza “Demasiado cerca” siete años después del viaje de la mujer y de las anticipaciones del hijo, la vez aquella en que la fachada de la catedral de Notre-Dame se le volcó en la vulgaridad de “un macizo edificio de ladrillo”, obvio portento del “desfigurado, irreconocible objeto [*entstellter, unkenntlicher Gegenstand*]” (Benjamin 3. 370 - tr. 318) expropiado de su augusta fisonomía en razón y más que en razón de “la feliz nostalgia que ya ha traspasado [*überschritten*] por entero el umbral de la imagen y de la posesión” (*ib.*), a un pelo del revuelco de la funda aurática manifestación más que repetible de una cercanía en punta de lontananza, lejísimos por exorbitada proximidad, a toca penoles invisibles y a boca de jarro escupido práctica e imprácticamente encima de la cima, pisado “el paso” del caso hundido en el rumbo ad hoc, sacada de sus casillas la certeza capital de un sentido cercano del tercer tipo, para ser más exactos *der Schritt* a contracorriente del artículo determinativo con la anuencia de una sordina onomatopéyica preñada de aquella añoranza que “ya solo conoce la fuerza del nombre a partir de la cual vive lo amado y cambia, rejuvenece, envejece y, carente de imagen por completo, es refugio de todas las imágenes” (*ib.*), en plena selva culta, por supuesto y repuesto, a través de la “frescura en lo horroroso” que al unísono con la “autonomía en lo banal” en los

términos de una recensión de 1927 distingue el “diletantismo de niños, rentistas y locos” (Benjamin 4. 73 - tr. 76) no propiamente prestos a “ganar las fuerzas de la embriaguez para el servicio de la revolución [*die Kräfte des Rausches für die Revolution zu gewinnen*]” (Benjamin 5. 307 - tr. 314) sin saber cómo surfear a lo largo del túnel de la rasca surrealista, extraviados más bien bajo los impactos de *La Edad de Oro*, no sin antes haber querido esbozar una que otra revuelta por el bestial y soberano parque de diversiones, de aquí para allá, más o menos atentamente:

La plataforma con los solícitos animales gira casi a ras del suelo. Tiene la altura ideal para soñar que se está volando. Ataca la música, y el niño se aleja, dando tumbos, de su madre. (...) Hace ya tiempo que el eterno retorno de todas las cosas se ha vuelto sabiduría infantil y la vida una antiquísima ebriedad del dominio [*ein uralter Rausch der Herrschaft*], con el estruendoso organillo en el centro como tesoro de la corona. Si toca algo más lento, el espacio se pone a tartamudear [*fängt der Raum an zu stottern*] y los árboles empiezan a volver en sí. El tiovivo se convierte en un suelo inseguro. Y la madre reaparece, el bolardo tantas veces abordado [*Und die Mutter taucht auf, der vielfach gerammte Pfahl*], en torno al cual el niño, al tocar tierra, enrolla la amarra de sus miradas.

(Benjamin 6. 114 - tr. 54 y 55)

El atracadero de *Calle de dirección única* quizás apenas aguante el “poste” levantado en la versión de Navarro, mucho menos el desmadre proteccionista implícito en los brotes de cemento que acentúan virilmente los andenes de Bogotá por iniciativa de un alcalde muy charro, si acaso los vínculos de la nave de todos los papeles, bestiales, humanos y objetuales, conciernen a las férreas y cautivantes curvas de un noray prometido por el muelle más blando, *Pfahl* a la zaga del participio pasado de *pangere*, “hincar”, “fijar”, clavos, palos y afines, en fin “asegurar” aquello

que no debería asumirse como simple variante del *pactum* puesto en peligro y renovado por intervenciones pueriles demasiado alejadas del espacio y del llamado contexto socio-histórico de Stefan, no por eso más intrépidamente contrarias a las normas y al normal empleo de la noción de “contrariedad”.

El íncipit de “Nené traviesa”, relato dado a conocer en 1889 gracias a *La Edad de Oro*, revista de 32 páginas escritas y editadas en su integridad por José Martí y destinadas principalmente a los pequeños de América Latina, dispara la bizarría de una exclamación interrogativa: – “¡Quién sabe si hay una niña que se parezca a Nené!” (NT. 23)*

El cuento en su totalidad merecería citarse siguiendo la edición más en tono con el revolucionario legado del cubano, la del volumen 18° de las *Obras Completas* publicado en 1964. Desafortunadamente el ejemplar consultado hace más de tres lustros en la Biblioteca Quijano Guerrero de la Universidad de Nariño carece de la última hoja, la 378, no la más importante pero casi, y de ahí se desvía abruptamente hacia la 391 del capítulo “Músicos, poetas y pintores”, otras clases de traviesos con los que Nené de buenas a primeras no tendría mucho que ver. Que conste, esas hojas no fueron arrancadas por algún abuelo perverso salido del segundo renglón de la fábula para confirmar el enigma del primero echando la culpa a otro personaje: – “Un

*José Martí, “Nené traviesa”, en: J. M., *La Edad de Oro*, Bogotá: Panamericana, 1997, pp. 23-45 (Nueva York, 1889), de aquí en adelante NT, mientras otros escritos de Martí se señalan mediante las siglas OC en atención a *Obras Completas*, La Habana: Editora Nacional, 1963-1964, CM por *Cartas a María Mantilla*, La Habana: Centro de estudios Martianos, 1982.

viejito que sabe mucho dice que todas las niñas son como Nené” (*ib.*), ni un jubilado de la susodicha institución, por más nostálgico y fetichista, sería capaz de substraer el epílogo que arrojase la primera piedra de una generalización tan abrupta, mucho menos se atrevería a secuestrar y martirizar un fascículo completo, al fin y al cabo víctima de un simple traspíe del encuadernador, valga la advertencia pues – que conste y que cueste, si no que sangren las ásperas marcas del mamotreto campante en la mitad de la historia en todo y por todo parecidas a las del bocado, las riendas y las espuelas hincadas por el hijo del poeta, ya se verá si apenas de ver transparentemente y muy de cerca se trata – todo el presunto asunto viene a ser de páginas y libros enteros arrancados como niños y niñas a sus padres, a lo peor por sus propios padres no menos arrancados que ellos, por no hablar de autores responsables de una interminable desencuadernación de hojas, hijos e hijas... Tocará entonces confiar en el minúsculo volumen que recoge tres cuentos y un poema de aquella revista acompañados por ilustraciones muy bonitas de Esperanza Vallejo.

Pero justamente, y preguntando en serio, a juicio del patriota justamente tenido por sabio y gran poeta, en Cuba venerado como un santo, ¿qué diablos vendría a ser una *travesura*? Empezando porque “a Nené le gusta más jugar ‘a mamá’, o ‘a tiendas’, o ‘a hacer dulces’ con sus muñecas, que dar lecciones de ‘treses y de cuatros’ con la maestra que le viene a enseñar. Porque Nené no tiene mamá; su mamá se ha muerto: y por eso tiene Nené maestra” (*ib.*, 24), podría creerse no sólo que la institutriz

procura compensar la ausencia, sino otrosí que la pequeña antepone el juego al estudio obstinándose en contrastar el vacío donde su pequeñez se niega y sobrepasa. De hecho más allá de la inclinación a pasarla bien sin dar lecciones, las raíces del comportamiento reprochable se hunden en trastornos del *dar*.

Es así que la patroncita atesora y gasta por su cuenta la plusvalía de los pasatiempos. ¿De qué otro modo entender la disyunción entre el juego compartido cuando no hay manduca de por medio y la pantomima monológica de la merienda con las muñecas del consenso? En efecto: – “Se conoce que Nené no le quiere dar trabajo a sus amigas; porque cuando juega a paseo, o a comprar, o a visitar, siempre llama a sus amiguitas; pero cuando va a hacer dulces, nunca.” (*Ib.*) Tampoco suelta verdades, como demuestra el tejemaneje de los hechos en que la necesidad de un instrumento de estudio se trueca en anhelo de un producto ajeno a las exigencias del aprendizaje instituido, siempre que el narrador caído del zarzo sarcástico mientras simula la presunta sencillez de Nené no disfrace los nexos que unen las trazas comestibles con las escritas: – “Y una vez le sucedió a Nené una cosa muy rara: le pidió a su papá dos centavos para comprar un lápiz nuevo, y se le olvidó en el camino, se le olvidó como si no hubiera pensado nunca en comprar el lápiz; lo que compró fue un merengue de fresa. Eso se supo, por supuesto; y desde entonces sus amiguitas no le dicen Nené, sino ‘Merengue de Fresa’.” (*Ib.* 25)

En aras de su sacaromanía desdeña las relaciones sociales y escatima franquezas.

La ansiedad oral delata el recelo del sujeto de escritura, temor y deseo de no serlo y de volverse objeto de la misma, niña-dulce, adorable objeto devorado y devorante, soporte textual ávido del suplemento fantasma de la punta de grafito expandida en volcancito rosa chupado para tergiversar el estilo que “hace al hombre”: estilográfica mimesis de letra por letra, párrafo tras párrafo, viñeta en viñeta, lápiz con lápiz amerengado, la mezcla ectoplásmica de azúcar glas y claras de huevo seminales hace y rehace a la niña mientras se subtrae al dictamen del sabihondo factor de la verdad renunciando al rielar de los significantes bajo las garras que desmiembran el libro religiosamente resguardado por el autor de sus días hasta feminizar al vejarrón en que ya se ha convertido el viejito del exordio, lampiño por fuera cuanto el tajaplumas maternal, tenue teta de papel que excita el castigo de Merengue de Fresa por haberle preferido ladrillos de ultratumba.

Más vale atenerse aquí a los caracteres de una impresión madura y distanciada sin precipitarse todavía creyendo o no creyendo analizar, acatando si acaso una impresionante mirada dirigida paso tras paso a lo propio – a menos que otra lectura se expropie a medias, sin ver en particular, casi a ciegas adelantada hacia sombras de letras, temblorosas luces de voces que podrían haber sido las de una madre, aunque nadie la evoque a propósito de la “estrella azul” ni se mencione nuevamente después de la primera página, íncipit de éxcipit asimilado por una instancia definitivamente heterogénea, renuncia a cualquier asimilación que no sea la de una dulzura demasiado

lejana.

Azul es la morada que Nené espera a la zaga de conexiones mantenidas en los límites de las pautas asignadas por el gigantismo pertinente a los cuerpos celestes e inadecuadas a las mujercitas que no se les parecen mucho, pues lo que tendrían en común es el callejeo invertido allá arriba en trayectorias infalibles, acá abajo desatado en tangentes de travesura o pulsión de papel desviante, sin pasar por alto la escurridiza variedad de los sentidos vigentes en un relato que atribuye al papel un papel tan importante: superficie que permite escribir, dibujar, imprimir o envolver el más o menos previsible perfil del encuentro con el prójimo, en el juego, el desempeño profesional, el teatro y los quehaceres diarios, paréntesis rendido al fichero pero apto para captar una vida entera con la indiferencia del trozo de periódico de la fama de confianza en que te empacan una libra de hueso carnudo, tal cual, toda vez que *transversum agere* corresponde a la práctica consistente en “alejar del recto camino” pisado por los que sí saben, ingenieros de la información numérica muy al tanto de impecables traviesas, las otras, acostumbradas a guardar distancias respetuosas del espacio y del tiempo acumulativos ya que ninguna de ellas es como Nené por parecerse más bien a los maderos que, como certifica el diccionario, atraviesan en una vía de ferrocarril para asentar sobre ellos los rieles, cómo no, esa lección la conoce muy bien y la recita con poética coquetería: – “(...) las estrellas pasean por el cielo, lo mismo que las niñas por un jardín. Pero no, lo mismo no;

porque las niñas andan en los jardines de aquí para allá, como una hoja de flor que va empujando el viento, mientras que las estrellas van siempre en el cielo por un mismo camino, y no por donde quieren (...)" (Ib. 27-28)

El género de Nené se distingue de la monótona sociedad de los luceros no sólo por las aleatorias y torcidas vías de la *flânerie*, sino también en razón de las respectivas dimensiones, argumento encaminado hacia nexos gozosos entre la enormidad y la vida eterna:

Sólo que las estrellas no son niñas, por supuesto, ni flores de luz, como parece de aquí abajo, sino grandes como este mundo: y dicen que en las estrellas hay árboles, y agua, y gente como acá; y su papá dice que en un libro hablan de que uno se va a vivir a una estrella cuando se muere. "Y dime, papá", le preguntó Nené: "¿por qué ponen las casas de los muertos tan tristes? Si yo me muero yo no quiero ver a nadie llorar sino que me toquen la música, porque me voy a ir a vivir en la estrella azul."
(Ib. 28-30)

Descartada la ruin hipótesis que achacase a la complejión de un efebo flexuoso y menudo la recurrencia de alegorías inherentes a la lucha por y de las cimas, quizás no sobre del todo comprobar con qué intensidad la pasión de lo alto a través de lo bajo se adensa y sutiliza en comunicaciones personales e impresos siempre despojados de pedanterías y efectismos, prestos a un solo blanco porque blanco sin límites, dardos floridos con exactitud de ampliación universal y cuerpecito entero, o el día de su muerte en Dos Ríos el cubano no tendría tan cerca el retrato de María Mantilla, quinceañera huérfana de padre que lleva poco tiempo leyendo y de la que podría esperarse alguna caprichosa irregularidad a juzgar por la suspicacia con la que Martí

en carta enviada desde Cabo Haitiano el 9 de abril de 1895, pocos días antes de morir, le recomienda la traducción de un libro francés, “muy corto” (CM. 72) y a la vez inmenso, nada menos que una *Historia General*, exigiéndole una hoja diaria “en letra clara, a renglones iguales y páginas de buen margen, nobles y limpias” (*Ib.* 84).

Del cruce de miradas al cambalache de superposiciones, el lance interrogativo que transforma la encerrona normativa en diversión desaforada altera órbitas y tamaños fatales en amenos contrapuntos. Asimismo el himno se acomode a la tonadilla:

Cuando su papá venía del trabajo, siempre salía ella a recibirlo con los brazos abiertos, como un pajarito que abre las alas para volar; y su papá la alzaba del suelo, como quien coge de un rosal una rosa. Ella lo miraba con mucho cariño, como si le preguntase cosas: y él la miraba con los ojos tristes, como si quisiese echarse a llorar. Pero en seguida se ponía contento, se montaba a Nené en el hombro, y entraban juntos en la casa, cantando el himno nacional.
(NT. 26-27)

Sublimada en ganas de vivir o revivir astralmente la erección por procura se pone a prueba empezando por el firmamento doméstico ya resplandeciente desde los versos publicados con el título de *Ismaelillo* en 1882 y dedicados a Francisco, el hijo que Martí ha dejado en Cuba con la mamá que no quiso seguir a su lado, “diablo ángel” del poema “Musa traviesa” (CO XVI. 28), el mismo que le arrebató hasta arrancarle gritos de júbilo: – “¡Ah, musilla traviesa, / qué vuelo trae!” (*ib.* 32), cambio de género: – “Si se me queja, – / cual de mujer, mi rostro / nieve se trueca” (*ib.* 20) y subversión de la genealogía: – “¡Hijo soy de mi hijo! / ¡Él me rehace! (*ib.* 31), el “jinetuelo” (*ib.* 25) que le acaricia crines cerebrales, labios sobre riendas de

nervios: – “Como un beso que vuela / siento en el toSCO / cráneo: ¡Su mano amansa / el bridón loco!” (*ib.* 42), a no ser más adentro Alí Babá invitado a saquear el tesoro paterno: – “¡Éntrese mi tirano / por esta cueva!” (*ib.* 20), más adentro para llegar más alto, astronómico estandarte abovedado: – “¡Tú flotas sobre todo, / hijo del alma!” (*Ib.* 38)

Menos familiarmente (si el papel de viudo y padre de una isla niñita o de un continente menor de edad jamás se dobló en los sueños de Martí) el movimiento ascensional corresponde sea al despertar del “aldeano vanidoso” de *Nuestra América*, Pulgarcito llamado a botar las cobijas porque buenas razones le sobran para desafiar a “los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima” (CO VI. 16), amén de “la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos” (*ib.*), sea a quien goza de la perspectiva necesaria para triunfar finalmente sobre orbes de residuos reciclables habiendo despertado con la clarividencia del general Hiram Ulises Grant, campeón de la Guerra Civil de Norteamérica que en 1885 inspira cálculos estadísticos dignos de un laboratorio satelital de ciencias demasiado naturales:

La guerras deben verse desde las nubes. Bien está que medio millón de seres humanos muera para mantener seguro a la Humanidad su único hogar libre sobre el Universo. Allá, desde arriba, los hombres deben parecer – ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo, hasta para guerrear – como esos bulbos vivos, henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan, con movimientos incesantes y torpes, por romper las raíces de los árboles que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la

tierra.
(CO XIII. 93)

Bemoles que el anhelo de lo excelso sonsaca a la mansa lira del Apóstol tras el solaz ultra-patriótico de Nené. – “Me voy a vivir en la estrella azul” (NT 30), afirma la indomable domadora dando muestra de apetitos extraterrestres que excitan el relincho de su Pegaso: – “¿Pero, sola, tú sola, sin tu pobre papá?” (*Ib.*)

No hay que remontarse a la última página para confrontar la respuesta con la sentencia que traslapa el arriba y el abajo en el espacio exterior del equívoco para poner entre paréntesis la certeza del amor del otro, sea hija, sea padre, sea libro. Por ende y allende la chiquilla entra en brutal contacto con las entrañas del libraco maestro, personaje que abarca a todos los otros, incluyendo a quien lo cabalga sin dar muestra de haberse reconocido entre las sombras atravesadas en el espacio que el padre le ofrece y donde se entretiene comenzando por practicar una variante del juego del umbral, ella abajo, arriba el abuelo obeso, puesto que de otro viejo se trata, techo de venerable ancestro cubriéndola hasta dejar por fuera solamente la cabeza y los pies, sofocada entre múltiples brazos, de papel, claro está, los de un Briareo decrepito aunque imberbe, al menos por fuera como una mujer, mamotreto y *papotreto*, maquillada la palabra que Corominas registra bajo la voz *mamá* sin olvidar el más antiguo “*mammóthreptos*, propiamente ‘criado (*threptós*) por su abuela (*mámme*)’, después ‘el que mama mucho tiempo’, ‘mamón’, de donde ‘gordiflón, abultado’”:

Esa noche que hablaron de las estrellas trajo el papá de Nené un libro muy

grande; ¡oh, cómo pesaba el libro!: Nené lo quiso cargar, y se cayó con el libro encima: no se le veía más que la cabecita rubia de un lado, y los zapaticos negros de otro. Su papá vino corriendo, y la sacó de debajo del libro, y se rió mucho de Nené, que no tenía seis años todavía y quería cargar un libro de cien años. ¡Cien años tenía el libro, y no le habían salido barbas!: Nené había visto un viejito de cien años, pero el viejito tenía una barba muy larga, que le daba por la cintura. Y lo que dice la muestra de escribir, que los libros buenos son como los viejos: “Un libro bueno es lo mismo que un amigo viejo”: eso dice la muestra de escribir. Nené se acostó muy callada, pensando en el libro. ¿Qué libro era aquél, que su papá no quiso que lo tocara? Cuando se despertó, en eso no más pensaba Nené. Ella quiere saber qué libro es aquél. Ella quiere saber cómo está hecho por dentro un libro de cien años que no tiene barbas.

(Ib. 31-32)

Nadie se apresure midiendo la pesadez del amigo de un papaíto tan sumiso, no antes de sopesar la reacción de la hijita, sin hablar de eventuales represalias.

Nené tiene maestra, no de escuela pública sino particular, y a su alrededor se atarea una criada, fuera de escena por estar “preparando un baño” (*ib.* 33), mientras el cocinero se asoma de sesgo, medio disfrazado por resultar parecido a una de las comparsas del librote, no un mulato (como el experto en manjares de los Olaya, otra historia cubana que casi no viene al caso) sino un auténtico chino, uno de los gastrónomos al servicio de las familias ricas, probablemente el mismo que le pasa el azúcar cuando se le antoja... Con tanta gente alrededor lo raro y arrevesado, por no decir lo muy travieso, es que el padre esté siempre en otra parte, trabajando para ella como un caballo, claro está, no solamente para no dejarla desamparada cuando él muera, sino para que desde ya lo tenga todo, como se cantaba hace tiempos “todo lo

que la plata consigue”* – salvo la cercanía de quien se sacrifica sacrificándola:

Su papá está lejos, lejos de la casa, trabajando para ella, para que la niña tenga casa linda y coma dulces finos los domingos, para comprarle a la niña vestidos blancos y cintas azules, para guardar un poco de dinero, no vaya a ser que se muera el papá, y se quede en el mundo sin nada “la hijita”. Lejos de la casa está el pobre papá, trabajando para la “hijita”. La criada está allá adentro, preparando el baño. Nadie oye a Nené: no la está viendo nadie.

(*Ib.*)

El autor de sus días apenas se entretiene con ella cuando atraviesa la entrada, arco de triunfo y monumento ecuestre en el marco correspondiente a un episodio de la trasoñada historia íntimamente nacional: la soledad que le vale el apodo de lo que tanto le gusta servida por ella misma en bandeja de sí misma es otra lección que conoce al dedillo, pues oírse, verse, gustarse, Merengue en Merengue, son los pliegues del papel que la envuelve cuando quien la ama no la ve ni la oye. Es así que para no perder de vista al pobre papá, verle nomás sin que un roce le distraiga, dispone de un asiento especial, el mismo ahora ocupado por el centenario que nadie tildará de viejo verde, no sin antes comprobar un exhibicionismo insensible al candor de quien está en trance de quitarse el piyama para bañarse, a menos que la cuenta de los pasitos en el afilado suspenso del acecho no traicione el sigilo de una Diana cazadora espionando a su espía de una a otra puerta:

* “*She (We gave her most of our lives)
is leaving (Sacrificed most of our lives)
home (We gave her everything money could buy)
she’s leaving home after living alone
for so many years. Bye, bye.
(Lennon y McCartney. 123)*

Ella (Le dimos lo mejor de nuestras vidas)
se va (Sacrificamos lo mejor de nuestras vidas)
de la casa (Le dimos todo lo que la plata consigue)
se va de la casa después de haber vivido sola
por tantos años. Adiós, adiós.

Nadie oye a Nené: no la está viendo nadie. Su papá deja siempre abierto el cuarto de los libros. Allí está la sillita de Nené, que se sienta de noche en la mesa a escribir, a ver trabajar a su papá. Cinco pasitos, seis, siete... ya está Nené en la puerta: ya la empujó; ya entró. ¡Las cosas que suceden! Como si la estuviera esperando estaba abierto en su silla el libro viejo, abierto de medio a medio. Pasito a pasito si le acercó Nené, muy seria, y como cuando uno piensa mucho, que camina con las manos a la espalda. Por nada en el mundo hubiera Nené tocado el libro: verlo no más, no más que verlo. Su papá le dijo que no lo tocara.

(*Ib.* 33-24)

Por nada en este mundo lo tocaría, por algo en el otro se atreve a más. Es un viaje hacia el mundo del no-estar-ahí-todavía la travesía de Nené, más allá de lo que y de quien se ha ido o jamás estuvo, vivo o muerto, ausente de cuerpo entero y presente desencarnado en el colmo del adverbio de modo, obscuro superávit del *como* hacia monerías oníricas encimadas al espacio comparativo, no del todo encima, más bien en el precario equilibrio de una despedida diferenciante y diferida, al filo del paso entre piso y cielo, alerta y ensoñación, geométrico parterre y selva abismal, al deshermanarse de lazos verdes y marcadores musgosos, filacterias vegetales, cintas masónicas de seda fluvial y brillos de adornos polícromos, en serio, “como cuando uno piensa mucho” porque la travesía ya luce aires de biointelectual mientras por debajo de cuerda y de nudo los colores del libro esparrancado y del brazalete regalado por el papá tejen sus resonancias, no propiamente sin entrar todavía en literaria confianza sino al metérsele por contagio de inquietante familiaridad, como escondiendo un arma manos a la espalda cargando ganas de palpar, aferrar, hundirse en el regazo impreso, garras liberadas cuando está por verterse la tierna austeridad de

quien atraviesa el polígono de tiro de lo prohibido demasiado corriente, adustez del pensamiento de lo impensable conocido al pie y a la mano de la letra, casi lo único que valga la pena tratar de pensar, donde ha de traducirse la sensualidad que por pelos y señales no tolera contradicciones ni coincidencias:

El libro no tiene barbas: le salen muchas cintas y marcas por entre las hojas, pero ésas no son barbas: ¡el que sí es barbudo es el gigante que está pintado en el libro!: y es de colores la pintura, unos colores de esmalte que lucen, como el brazalete que le regaló su papá. ¡Ahora no pintan los libros así! El gigante está sentado en el pico de un monte, con una cosa revuelta, como las nubes del cielo, encima de la cabeza: no tiene más que un ojo, encima de la nariz: está vestido con un blusón, como los pastores, un blusón verde, lo mismo que el campo, con estrellas pintadas, de plata y de oro: y la barba es muy larga, que llega al pie del monte: y por cada mechón de la barba va subiendo un hombre, como sube la cuerda para ir al trapecio el hombre del circo. ¡Oh, eso no se puede ver de lejos!

(*Ib.* 36-37)

El turbante cósmico al que se someten las babuchas de argucia lunaria añadidas por el pincel de Vallejo (*ib.* 40) confirma la fascinación del “Ismaelillo, árabe” (OC XVI. 30), a la vez que el polimorfismo del genio de tupida vegetación castrista donde se enredan los rasgos del padre abnegado, la niña autofágica, el seno materno y el sabihondo ironista aquí y allá asomado tras el narrador que entrevera la severidad del observador ciclópeo con las ingenuidades de la observada rebasa los contornos de la monstruosa figura de la Ley Natural y su transgresión, así como los trepadores de jarcias peludas ilustran la diversidad de los pueblos más pedagógicamente que los tripulantes del navío homérico.

Ahora bien, si la meta del ascenso es el ojo desde el cual el agusanado capital

acumulado por todas las guerras ha de contemplarse “como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra”, ese globo hay que verlo más de cerca, enfrentarlo con agudeza de montañista galáctico hincando pitones evolutivos en la confusa hilera encabezada por el blanco con botas que duplica en miniatura al gigante, seguido por el indio emplumado, el chino en túnica y falda unisex, el representante de una etnia que su gorro no deja definir todavía y en último lugar un negrito carente del menor accesorio significativo... Para abarcar de rebote la historia general es preciso acercarse en carne y hueso. Ver ha de ser agarrar para seguir pujando. Que se junte entonces con el pícaro máximo la mínima pícara:

¡Oh, eso no se puede ver de lejos! Nené tiene que bajar el libro de la silla. ¡Cómo pesa este pícaro libro! Ahora sí que se puede ver bien todo. Ya está el libro en el suelo.

Son cinco los hombres que suben: uno es un blanco, con casaca y con botas, y de barba también: ¡le gustan mucho a este pintor las barbas!: otro es como indio, sí, como indio, con una corona de plumas, y la flecha a la espalda: el otro es chino, lo mismo que el cocinero, pero va con un traje como de señora, todo lleno de flores: el otro se parece al chino, y lleva un sombrero de pico, así como una pera: el otro es negro, un negro muy bonito, pero está sin vestir: ¡eso no está bien, sin vestir! ¡por eso no quería su papá que ella tocara el libro! No: esa hoja no se ve más, para que no se enoje su papá.

(Ib. 37-38)

El sometido seduce. Se deja cargar a gusto. La única resistencia es la sucesión de los velos interpretativos. De otro lado la desnudez es lo que empieza por no verse más. Tal como el árbol del conocimiento devuelve en un destello el porqué del delito, en nombre del creador el paisaje libresco depara lo que se niega por exceso de

visibilidad y la voz del padre en off comenta y excita la travesía de la hija: cuanto más incorporada la censura tanto más se empina lo censurable. Sobran papeles para inquirir alrededor del empate de lo muy bonito con lo obscuro. No hay hojalde bastante prolija para la inquisidora de armas, barbas y páginas tomar:

No: esa hoja no se ve más, para que no se enoje su papá. ¡Muy bonito que es este libro viejo! Y Nené está ya casi acostada sobre el libro, y como si quisiera hablarle con los ojos.

¡Por poco se rompe la hoja! Pero no, no se rompió. Hasta la mitad no más se rompió. El papá de Nené no ve bien. Eso no lo va a ver nadie. ¡Ahora sí que está bueno el libro éste! Es mejor, mucho mejor que el arca de Noé. Aquí están pintados todos los animales del mundo. ¡Y con colores, como el gigante! Sí, ésta es, ésta es la jirafa, comiéndose la luna: éste es el elefante, el elefante, con ese sillón lleno de niñitos. ¡Oh, los perros, cómo corre, cómo corre este perro! ¡ven acá, perro! ¡te voy a pegar, perro, porque no quieres venir! Y Nené, por supuesto, arranca la hoja. Y qué ve mi señora Nené? Un mundo de monos es la otra pintura.

(*Ib.* 38-42)

Lo que pasa es la disolución de entrada al mundo de los cuadrúmanos, pasos de *fade in* encarnados en manos oculares: amén de hojas huérfanas, a los cinco, seis, siete pasitos y a los cinco tomadores de pelos digitales está por sumarse un abigarrado rosario de cuentas en vía de traspaso. No hay que correr como el perro, y sin embargo...

Lo que se está viendo y rescribiendo no es soporte de apacibles evidencias, ni retozar con pictografías apenas asunto de competencia lingüística y trasvases conceptuales, sino también escindida asunción de heridas anteriores al saber y querer decir, más allá del orgulloso saberse sabiendo de fronteras construidas entre las trazas

y el mundo, teatro, monte, metrópoli, tumba musical superpoblada.

El buen amigo que se le montó es ahora violado por deditos más crueles que lápices. Nené aprende que los cuerpos no se la pasan ni por fuera ni por dentro del libro. Hablar así de lo que sea o no sea con ojos volcados en uñas es exceder la grisalla testamentaria desplegando a quien y a lo que oprimía envolviendo, forcejear desbordando el presunto perímetro de los signos que padece la lectora en trance de volverse piel de los signos del otro, “blanca como el papel” mientras se da por excluida para despertar a la hora del último renglón de la fábula que lleva su nombre, cuando no hay barba que valga y quien más ve puede ser el que menos. La coartada de la lejanía se derrite en amagos de inmediatez. Traviesa explicativa y travesura caída en el desafuero del sentido son simulacros sorteados atravesando el reino de los hombres, el reino de los animales solícitos y el reino del fin del reino, hasta hundirse en el río, allá abajo, en las antípodas de la estrella. A menos que el azul de las olas...

Borrado del mapa como el salvaje desnudo, tan desobediente cuanto la hija el perrito da paso a la vertiginosa ultracomunidad de los instintos que prescindan de la obra. Orden y caos copulan, frenesí en que sumas y restas se extinguen. Entonces la visionaria fascinada por el preciso precipicio es investida del título de “mi señora”. Estatura soberana, sea respecto de la apurada y solitaria mascota, sea ante la orgiástica cascada de links que subvierten paródicamente a la Humanidad trepadora:

¿Y qué ve mi señora Nené? Un mundo de monos es la otra pintura. Las dos hojas del libro están llenas de monos: un mono colorado juega con un monito

verde: un monazo de barba le muerde la cola a un mono tremendo, que anda como un hombre, con un palo en la mano: un mono negro está jugando en la yerba con otro amarillo: ¡aquéllos, aquellos de los árboles son los monos niños! ¡qué graciosos! ¡cómo juegan! ¡se mecen por la cola, como el columpio! ¡qué bien, qué bien saltan! ¡uno, dos, tres, cinco, ocho, dieciséis, cuarenta y nueve monos agarrados por la cola! ¡se van a tirar al río! ¡se van a tirar al río! ¡visst! ¡allá van todos! Y Nené, entusiasmada, arranca al libro las dos hojas. ¿Quién llama a Nené, quien la llama?

(*Ib.* 42-43)

La voz parece venir del fondo del río, el mismo de cuarenta y nueve monitos bien contados u otro recién parido, quiebre de aguas de arremetida incontable. Ningún espacio separa la turbulencia numérica entre una y otra colita de sílabas, eslabones que corren a perderse, hojas torturadas, llamados, gritos. Totalización al revés, la tiradera carnavalesca deja al descubierto una resaca de letras afónicas. Se para, abraza al padre y responde, en toda la secuencia única ocasión en que el narrador opta por acciones atadas en el pasado:

Su papá, su papá, que está mirándola desde la puerta.

Nené no ve. Nené no oye. Le parece que su papá crece, que crece mucho, que llega hasta el techo, que es más grande que el gigante del monte, que su papá es un monte que se le viene encima. Está callada, callada, con la cabeza baja, con los ojos cerrados; con las hojas rotas en las manos caídas. Y su papá le está hablando: – “¿Nené, no te dije que no tocaras ese libro? ¿Nené, tú no sabes que ese libro no es mío, y que vale mucho dinero, mucho? ¿Nené, tú no sabes que para pagar ese libro voy a tener que trabajar un año?” – Nené blanca como el papel, se alzó del suelo, con la cabecita caída, y se abrazó a las rodillas de su papá: – “¡Mi papá!”, dijo Nené, “¡mi papá de mi corazón! ¡Enojé a mi papá bueno! ¡Soy mala niña! ¡Ya no voy a poder ir cuando me muera a la estrella azul!”

(*Ib.* 44-45)

A secas y a húmedas autocrítica y autocondena cierran el relato. Viva aunque

mortificada, a la letra hecha una muerta, tan impresa, tan impresionante, sería leída, escrita y sellada por la vigilante techumbre del autor de sus días en trance de erupción, magmática inmensidad pascaliana y ola uterina, si no afirmara casi altivamente la relectura, la transcripción y el sigilo de su larvada condición de parásito esencial, don de imposible fundamento abstraído a quien desea chupar la culpa, gris inversionista del duelo decente desdoblado en quien se aboveda y encaracola para separar en su cripta a la hija señora*.

Sumergida emergencia de nubes y olas, la morada celeste se dilata en la proclamación de su imposibilidad: a pesar y por el peso del lapidario anuncio, culpa no tendría la hija por darle la espalda ya que se accede al azul desechando la seguridad de lo encarado, incluyendo el rostro de la certeza de ser definitivamente excluida, imagen a la que ella seguiría amarrada si no fuera la última hoja del cuento pues, como apunta otro viejito (citando a otro – Nicolas Abraham y los “parentemas”

* En otras edades y otros ámbitos domésticos se han registrado fenómenos análogos: – “Las posesiones demoníacas no son desconocidas en esta casa. ¿Es eso realmente Keith, su padre? Se lo llevaron cuando ella tenía la mitad de su edad actual, y devuelto ahora no como el hombre que conocía, apenas la concha [*but only the shell; sino tan sólo bajo la forma de su caparazón*] – con el blando carnudo caracol de alma que sonrío y ama, que siente su mortalidad, ya sea echada a podrirse o picada por las bocas en alfiler de la muerte-por-el gobierno – un proceso mediante el cual las almas vivientes se convierten de mala gana en los demonios conocidos en la secuencia principal de la magia de Occidente como los Qlippoth, Conchas del Muerto [*Shells of the Dead; Conchas de los Muertos*]... Es también lo que la presente dispensación [*dispensation; providencia*] concede con frecuencia a hombres y mujeres decentes por entero situados de este lado de la tumba. En ninguno de estos procesos hay dignidad ni piedad. Madres y padres están condicionados para morir deliberadamente de ciertos modos preferidos: dándose a sí mismos [*giving themselves; provocándose*] el cáncer y ataques cardíacos, metiéndose en [*getting into; siendo víctimas de*] accidentes de carro, yendo a luchar en la Guerra – dejando a sus hijos solos en el bosque. Te dicen siempre que a los padres ‘se los llevan’, pero los padres sólo se van – esa es la realidad. Todos los padres se respaldan entre sí, eso es todo.” (Pynchon. 179; tr. 255)

– colgado de la cola anterior – Imre Hermann y el “instinto de aferrarse”) al atravesar el índigo de la pregunta desprovista del apéndice interrogativo que la escrupulosa traductora no se resigna a soltar:

Eso descrampona. Como crampones que descramponan [*Ça décramponne. Comme des crampons qui décramponnent; Eso desaferra. Como crampones que desaferran*]. Como pinzas o grúas (en algún lugar he comparado, creo yo [*je crois; creo recordar*], las comillas a las grúas) que asen para desasir. Pero cómo hacer [*Mais comment faire; Pero ¿cómo hacer*] para borrar o quitar los corchetes desde el momento en que uno escribe [aquí ahora] lo que sea. La escritura – ya en la lengua – actuaría, en lo que respecta a la adherencia inmediata, un poco como el padre de ojos rojos que avergüenza al monito, como “su mirada que, al igual que el fuego, descrampona al hijo de la madre, descrampona a la madre del hijo, del hijo convertido en su árbol...”. Acabo de citar de nuevo a Nicolas Abraham y sus “parentemas [lo cual quiere decir: temas ‘con corchetes’]” (pp. 11 y ss). Pero los corchetes de escritura – los guiones, los “paréntesis” (las comillas) – también cramponan, a la misma y desdoblada vez, a la madre. Es la lógica retorcida de esta “tópica” que trabaja en *Glas*, creo yo [*je crois; en mi opinión*].

¿Sabe usted cuál es término alemán por el que se traduce el *kapaszkodas* (engrapada [*agrippement; gripamiento*]) o *kapaszkodni* (engraparse [*s’agripper; griparse*]) húngaro? Es *Anklammerung* o *sich anklammern*. *Klammer*, el crampón, el calambre, el ancla o la abrazadera [*fichoir; pinzas*], es también la palabra para corchete, paréntesis, acolada [*acolade; abrazadera*].

(Derrida 3. 17; tr. 95-96)*

– “¡Malo, que crees eso!”, había contestado por haberse el otro atrevido a dudar de su lugar en la casa eterna cuando se preveía la odisea del espacio denegada en

* Habida cuenta del “concepto (*Begriff*) como estrictura de gripamiento o de gripa, o a todo el cuerpo piloso, vellocinos de oro o matas de pelo pubiano, ‘rostro lampiño’ del ‘Yayo’ afeminado, etc.” al que De Peretti remite el “*concepte (Begriff) comme stricture d’agrippement ou de grippe, ou à tout le corps pileux, toisons d’or ou toisons poubiennes, ‘figure glabre’ du ‘Pepé’ efféminé, etc.*” (*ib.* 16; tr. 95), sería dado imaginar que uno de los marmosetes incluidos en la primera edición de *Ismaelillo* y reproducidos por la Editora Nacional de Cuba, más exactamente el cupido que ha depuesto el arco y el carcaj para sonarse la naricilla con un *fichu* (OC XVI. 52), escoltaría de otra manera estas alusiones al ejercicio martiano del concepto desasido.

razón de una falta equivalente a la que estriba en creer que la soledad se prolongaría para siempre por haber preguntado: – “¿Pero, sola, tú sola, sin tu pobre papá?”

Tan culpable habrá sido el padre por no creer con suficiente firmeza que compartirá el espacio azul cuanto la niña que se declara indigna de compartirlo dándose por mala. Coexisten en el fin de la fe ser malo por no creer y no creer por ser mala. Puños insurgentes irradian entonces manos abiertas abrazando en son de “esperanza contra esperanza”, *spes contra spem*, fuego regalado a la ceniza.

Bruno Mazzoldi
Pasto - 20.10.01 / Bogotá - 09.0616

Obras citadas

Benjamin, Walter, *Walter Benjamin's Archive – Images, Texts, Signs (Edited by Ursula Marx, Gudrun Schwarz, Michael Schwarz, Erdmut Wizisla)*, tr. Esther Leslie, Londres y Nueva York: Verso, 2007 (Suhrkamp, 2006).

“Ibizenkische Folge”, en: W. B., *Gesammelte Schriften – Band IV-1 (Herausgegeben von Tillman Rexroth)*, Fráncfort: Suhrkamp, 1972, 402-409; tr. Jorge Navarro Pérez, “Serie Ibicenca”, en: W. B., *Obras – Libro IV-1*, Madrid: Abada, 2010, 351-359.

“Kurze Schatten I”, en: W. B., *Gesammelte Schriften – Band IV-1*

(*Herausgegeben von Tillman Rexroth*), Fráncfort: Suhrkamp, 1980, 368-373; tr. Jorge Navarro Pérez, “Sombras breves”, en: W. B., *Obras – Libro IV-1*, Madrid: Abada, 2010, 316-322.

“*Philippe Soupault, Le coeur d’or. Paris: Bernard Grasset 1927. 260 S.*”, en: W. B., *Gesammelte Schriften – Band III (Herausgegeben von Hella Tiedemann-Bartels)*, Fráncfort: Suhrkamp, 1980, 72-74; tr. Juan Barja y Joaquín Chamorro Mielke, “Recensión de *Le coeur d’or* de Philippe Soupault”, en: W. B., *Sueños*, Madrid: Abada, 2014 (Suhrkamp, 2008), 75-76.

“Der Surrealismus – Die letzte Momentaufnahme der europäischen Intelligenz”, en: W. B., *Gesammelte Schriften – Band II-1 (Herausgegeben von Rolf Tiedemann und Hermann Schweppenhäuser)*, Fráncfort: Suhrkamp, 1980, 295-310; tr. Jorge Navarro Pérez, “El Surrealismo – La última instantánea de la inteligencia europea”, en: W. B., *Obras – Libro II-1*, Madrid: Abada, 2007, 301-316.

“Einbahnstraße”, en: W. B., *Gesammelte Schriften – Band IV-1 (Herausgegeben von Tillman Rexroth)*, Fráncfort: Suhrkamp, 1980, 83-148; tr. Jorge Navarro Pérez, “Calle de dirección única”, en: W. B., *Obras – Libro IV-1*, Madrid: Abada, 2010, 23-89.

Derrida, Jacques, “Proverb: ‘He that would pun...’”, en: John P. Leavey, Jr., *GLASSary*, Lincoln y Londres: U. de Nebraska, 1986, 17-20.

Donner le temps. I. La fausse monnaie, París: Galilée, 1991.

“Ja, ou le faux bond”, en: J. D., *Points de suspension – Entretiens (choisis et présentés par Elisabeth Weber)*, París: Galilée, 1992 (*Digraphe*, 1977), 37-81; tr. Cristina de Peretti, “Ja, o en la estacada”, en *Suplementos Anthropos 13 - Jacques Derrida - ¿“Cómo no hablar?” y otros textos*, marzo 1989, 104-122.

Lennon y McCartney, “She’s leaving home”, en: *Beatles – Lyrics Illustrated*, Nueva York: Dell, 1975.

Pynchon, Thomas, *Gravity's Rainbow*, Nueva York / Londres / Victoria / Toronto: Penguin, 1987 (1973); tr. Antoni Pigrau, *El arco iris de la gravedad - I*, Barcelona: Grijalbo, 1978.